



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo LXXIV. De como don Quijote cayò malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO LXXIV.

De como don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.



Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento, cuando él menos lo pensaba, porque, ó ya fuese de la melancolia que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los

cuales fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella suerte, por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazzaro (1) habia compuesto; y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butron, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba don Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por si ó por no, atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales co-

(1) Messer Jacopo Sanazzaro, nacido en Nápoles el 28 de julio de 1458, es uno de los buenos poetas latinos é italianos del Parnaso. Sobresalió en las églogas pastoriles, y fue el inventor de las piscatorias. Compuso un poema latino *De Partu Virginis*, en el cual estuvo trabajando el corto espacio de veinte años, y es mas bien una gloriosa emulacion que una imitacion de Virgilio. No hay que maravillarse que empleara tanto tiempo en un poema tan poco voluminoso, si se reflexiona, como dice el autor de una biografía de Sanazzaro, *che usó per direttore e critico del medesimo il rigoroso Poderico, letterato di finissimo gusto, á cui recitava bene spesso fino in dieci differenti versi, ma esperimentó l'istesso concetto, perche dal medesimo glió ne venisse approvato qualcuno*. Gregorio Hernandez de Velasco, capellan del hospital de san Juan B. de Toledo, hizo una elegante traduccion de este *Parto* tan laborioso. — MARTINEZ DEL ROMERO.

menzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del médico, que melancolias y desabrimientos le acababan. Rogó don Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco.

Hiciéronlo así, y durmió de un tiron, como dicen, mas de seis horas, tanto que pensaron el ama y la sobrina que se habia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo: bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tío, y parecióronle mas concertadas que él solia decirlas, á lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle: ¿que es lo que vuesa merced dice, señor? ¿tenemos algo de nuevo? ¿que misericordias son estas, ó que pecados de los hombres?

Las misericordias, respondió don Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerias. Ya conozco sus disparates, y sus embebecos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte; querria hacerla de tal modo que diese á entender que no habia sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el cura, el bachiller Sanson Carrasco, y á maese Nicolas el barbero que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero deste trabajo se escusó la sobrina con la entrada de los tres.

Apenas los vió don Quijote, cuando dijo: dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballeria: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leído: ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino. Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia tomado. Y Sanson le dijo: ¿Ahora señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso? ¿y ahora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos.

Los de hasta aquí, replicó don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del cielo en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa, déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma: y así suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano. Miráronse unos á otros, admirados de las razones de don Quijote y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo, porque á las ya dichas razones añadió otras muchas, tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él, y confesósele. El bachiller fue por el escribano, y de allí á poco volvió con él, y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabia por nuevas del bachiller en que estado estaba su señor) hallando á la ama y á la sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el cura diciendo: verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preña-

dos de ama, sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condicion, y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocian.

Entró el escribano con los demas, y despues de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma don Quijote con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo: Iten (1) es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno, despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera ahora estando cuerdo darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo merece: y volviéndose á Sancho, le dijo: perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error, en que yo he caido, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

¡Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin mas ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolia. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: cuanto mas que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerias ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana.

Así es, dijo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destes casos. Señores, dijo don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño: yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuestas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano.

Iten mando toda mi hacienda á puerta cerrada á Antonia Quijana mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo mas bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfaccion que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas (2) al señor cura y al señor bachiller Sanson Carrasco, que estan presentes.

Iten es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe que cosa sean libros de caballerias: y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pias á su voluntad.

Iten suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí, con el tí-

(1) *Iten* por *item*, é *item* mas.

(2) *Albacea* es voz arábica, y significa la persona á quien el testador deja encargada la ejecucion de lo dispuesto en su testamento; y á quien por esta razon se llama hoy *testamentario*. — Arr.

tulo de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres dias que vivió despues deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templá en el heredero la memoria de la pena que es razon que deje el muerto.

En fin llegó el último de don Quijote, despues de recibidos todos los sacramentos, y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerias. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca habia leído en ningun libro de caballerias que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu: quiero decir que se murió. Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente don Quijote de la Mancha, habia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, é hiciese inacabables historias de sus hazañas.

Este fin tuvo el INGENTOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero (1). Déjense de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este:

Yace aquí el hidalgo fuerte,
Que á tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco;
Fue el espantajo y el coco
Del mundo en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura,
Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: aquí quedarás colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, peñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te desuelgan para profanarte. Pero antes que á ti lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada,
Porque esta empresa, buen Rey,
Para mí estaba guardada.

(1) Y en efecto siete villas de España han contendido por tener por suyo á Cervantes, como tenemos ya dicho, así como las de Grecia contendieron por Homero. — Arr.

Para mi sola nació don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, á Castilla la Vieja (1), haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: qué para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos (2): y con esto cumplirás con tu cristiana profesion, aconsejando bien á quien mal te quiere; y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. Vale.

(1) Concluye Avellaneda su *Segunda Parte*, encerrando á don Quijote en el Nuncio de Toledo, ó casa de los locos, para que le curasen, y añade que habiendo curado se supo por tradición de viejimos manchegos que salió de aquel hospital, y que volviendo á su tema pasó por Madrid, donde vió á Sancho, y entrando en Castilla la Vieja le sucedieron estupendas aventuras. De esta nueva salida, que amenazaba escribir Avellaneda, habla aquí Cervantes, reprobándola de antemano. — P.

(2) Es muy digno de notar con este motivo que no hay predicción de cuantas hizo Cervantes sobre la celebridad y singular acogida que en todas partes y en todos tiempos habia de tener su inmortal Quijote, que no se haya cumplido aun mas allá de lo que él anunció. El fue el primero y quizá el único entre todos los escritores que, sin que le alucinase su amor propio, conoció y supo apreciar el grande y eminente mérito de su obra, la cual tiene, entre otras prendas, el privilegio, que no ha logrado otra alguna, de ser su lectura el consuelo de toda clase de personas, en todas las épocas y situaciones de la vida. Su memoria será siempre grata á todos los hombres que tengan la dicha de leer y entender sus obras, y sepan apreciar sus talentos y sus virtudes; pues Cervantes, como se habrá visto por su vida, poseyó estas en tan alto grado como aquellos. Por esto le llamó con razon el ingles Bowle *honor y delicia del género humano*. Penetrado de igual sentimiento un poeta español, coetáneo de nuestro autor (D. Fernando de Lodeña) escribió en su elogio el siguiente soneto, el mejor sin duda de cuantos se conocen y han publicado en loor suyo, y que podremos intitular la corona poética de Cervantes:

Dajad, Nereidas, del albergue umbroso
Las piezas de cristales fabricadas,
De la espuma lijera mal tachadas,
Si bien guarnidas de coral precioso:

Salid del sitio ameno y deleitoso,
Driadas de las selvas, no tocadas;
Y vosotras, oh musas celebradas,
Dejad las fuentes del licor copioso,

Todas juntas traed un ramo solo,
Del árbol en quien Dafne convertida,
Al rubio Dios mostró tanta dureza:

Que cuando no lo fuera para Apolo,
Hoy se hiciera laurel, por ver ceñida
De Miguel de Cervantes la cabeza.—Arr.

FIN DEL INGENIOSO HIDALGO.



